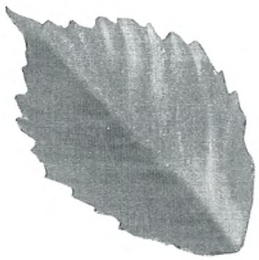
* Maribel Gilsanz

elamoryloterrible

glamorylo terrible



Un corte limpio en el cuello y otro en la muñeca.

Una labor de precisión estudiada para evitar sufrimiento. Una madre había degollado a su hijo. Deficiente psíquico.

Cuando llegamos, la habitación estaba llena de gente. Pedimos que salieran todos. Apartamos a la mujer del cadáver. Su desconsuelo le hacía hablar en voz alta, con la mirada perdida como si estuviese sola:

— ¡Ya está hecho! ¡Ya está hecho! No hay vuelta atrás. ¿Pagar por mi culpa? La vida ya me ha sentenciado a muerte. Inmediata. Pero no lo suficiente. Desearía morir ahora, aquí, junto a él. ¿Por qué no tuve valor para matarme con el mismo cuchillo?

Intentamos hacerle unas preguntas, pero comprendimos que no podía responderlas. Estaba enajenada. Sólo atendía a su propio discurso. Rastreamos la casa y encontramos los resultados de unas pruebas médicas. Todo estaba claro. Muy claro. Sentí lástima de la mujer.

Polilla, uno de mis compañeros, emitió un insulto entre dientes: —asquerosa asesina —dijo. Le oí. Le pedí que saliera del lugar del crimen, que volviera a entrar cuando estuviera dispuesto a no emitir juicios anticipados y menos aún a insultar a nadie. En esos momentos adoro ser la jefa. El Poli salió mirando a la mujer con odio.

Cogí los documentos. La agarré con ternura del brazo y pensé en la energía que necesitaría concentrar una mujer tan frágil, de 82 años, para matar. También me figuré el tipo de vida que habría llevado, atada a la víctima por constantes cuidados. La imaginé frustrada por no poder conversar con su hijo, por no poder pasar ni una hora seguida sin escuchar los estruendosos gritos del enfermo. Miré

de nuevo los papeles para poder dirigirme a ella por su nombre: ¿Anastasia, quiere beber algo?, ¿Tiene frío, Anastasia?... La traté como si cuidara a un bebé herido.

El Polilla entró y seguía mirando con desprecio, aunque menos descarado. Volví a mandarle salir fuera. Se enfrentó:

— ¡No lo entiendo, tratas mejor a los asesinos que a mí!

— ¡He dicho que salgas, Poli, hasta que aprendas a comportarte como quiero que se comporte cualquier miembro de mi equipo! Como me gustaría que se comportara cualquier ser humano. Estoy harta de repetiros mi lema: *Odio al delito y compasión al delincuente.*

— ¿Compasión? Yo me hice policía para limpiar las calles de delincuentes. No para compadecerlos.

—Si no eres capaz de compadecerlos, al menos sé capaz de disimular. ¡Es una orden!

—Saldré y volveré a entrar. Aceptaré tus castigos de maestra de escuela. Pero que quede claro que estaré fingiendo. Yo nunca sentiré compasión por un asesino. Nadie tiene derecho a quitarle a otro la vida. ¡Y la propia madre...! ¡Es espantoso!

— ¡Cállate! ¡Sal fuera!

Cogí una chaqueta del armario y se la eché por los hombros a la anciana que temblaba, aunque tal vez no fuera por frío. Le preparé una manzanilla en la cocina y le ayudé a tomarla. Mientras daba vueltas a la cucharilla para disolver el azúcar, empecé a hacerle de nuevo alguna pregunta, pero desistí. Entró el Polilla. Miraba hacia cualquier parte menos hacia nosotras, porque no podía soportar la escena. Me preguntó sin mirarme:

— ¿Le pongo las esposas?

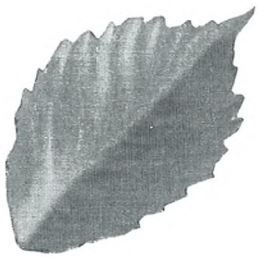
— No será necesario.

Como todos mis subordinados son hombres, yo misma ayudé a Anastasia a darse una ducha con agua caliente y a ponerse ropa limpia. En el baño me contó sus más íntimos sentimientos, sus pensamientos.

Ella sabía que su hijo tenía un dormir profundo. A veces no conseguía despertarlo ni moviéndole bruscamente los brazos. Mientras estaba dormido le cortó el cuello con el cuchillo más grande de la cocina. Ese acto sí lo despertó. De inmediato. Tuvo

el tiempo justo antes de morir para mirar a su madre con asombro. La sorpresa llenó su rostro. El desconcierto ante un acto agresivo de quien siempre le había dado amor, caricias y amor.

Lo hizo fríamente, sin derramar una lágrima. Fue después cuando lloró. Momentos después. Cuando abrazada al cuerpo ensangrentado de su hijo recordó que las cucarachas podían vivir varios días sin cabeza, muriendo por inanición al no poder ingerir alimentos. En ese instante deseó que su hijo volviera a la vida. Volver a ver una vez más la mirada de sus ojos claros, a escuchar su estruendosa risa ante nada. La sangre seguía saliendo, interminable. Ella permanecía ajena a esa fuente que iba empapando su ropa. Se secó las lágrimas con las mangas de la bata y se manchó la cara. Fue la última vez que lloró. Cuando llegamos nosotros ya no había en sus ojos ni una sola lágrima, sólo los rastros de la sangre.



El día anterior al asesinato había ido a recoger el resultado de una biopsia. Cáncer de páncreas. Fulminante. No tenía miedo a morir. Sólo temía la existencia de su hijo sin ella. Existencia que decidió aniquilar para morir tranquila. Sin embargo, su tranquilidad estaba traspasada por el dolor. Un sufrimiento terrible. Un padecimiento que le hacía decir cosas extrañas o quizá simplemente mostrar su pensamiento sin pudor, como me demostró el hecho de que contase su reflexión sobre las cucarachas. Tal vez todos hacemos ese tipo de asociaciones, pero nadie las expresamos para no parecer locos. Ella ya no necesitaba exhibir cordura. Hablaba, hablaba y hablaba, intentando echar fuera cualquier palabra que pasase por su cabeza como si quemara.

Yo no puedo librarme de ver el caso como si fuese un relato. Así lo recojo en este cuaderno donde escribo mis experiencias de trabajo. Fue mi afición a la novela policíaca lo que me empujó a entrar en el cuerpo. Pero la vida real es la vida real. Ver a esta pobre mujer me producía una gran amargura y desearía no haberla hecho pasar por todos los trámites.

El Polilla, a quien la abreviatura de su propio apodo ya le indicaba su profesión desde niño, se siente en este trabajo como pez en el agua. Tiene muy claro quienes son los buenos y quienes los malos. Pero yo no siempre sé ver el mal, por mucho que digan

que lo anuncian señales inconfundibles. Que me perdonen si no soy capaz de ver maldad alguna en esta mujer, más bien veo su crimen como un acto de amor desesperado. Cuando le hablo de estas cosas al Polilla no me comprende. Le explico de mil maneras que no lo apruebo, simplemente entiendo los mecanismos por los que un individuo puede llegar a hacer algo. Nos pasamos el día discutiendo. Siento que lucho contra todos. Llevar un poco de humanidad a mi trabajo me resulta más difícil que atrapar al más escurridizo asesino. Ser mujer me lo hace más complicado aún, porque confunden mi interés por mejorar las condiciones humanas de los delincuentes con sensiblería femenina.

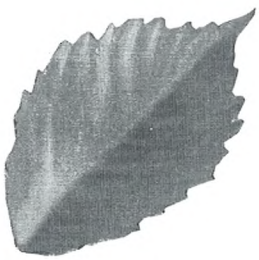
Da igual lo que pretenda, en realidad, consigo poca cosa. Sólo puedo hacer pequeños gestos en un mundo dominado por la brusquedad, la desconfianza y el miedo. Pero... ¡Qué importa cómo vea yo el mundo o mi imposibilidad de transformarlo! Me centraré en anotar lo que vi. Vuelvo al lugar de los hechos.

Una foto sobre la mesilla me llamó poderosamente la atención. Luego la describiré, porque primero quiero recordar algunas de las palabras que la mujer pronunció en el baño. No sería la primera vez que olvido lo más importante.

Hubo un tiempo en que fue feliz. Su novio la esperaba a la salida de la ferretería donde trabajaba de dependienta. Ella se quitaba la bata azul, todavía detrás del mostrador, y olvidaba el cansancio. Paseaban por el parque más cercano y hacían planes de lo que sería su vida juntos, del lugar donde vivirían, de cómo él conseguiría un trabajo mejor, en el que le pagaran más. Así podrían tener los hijos que quisieran, y ella podría dejar ese trabajo de tantas horas y tan mal pagado y no tendría que aguantar más a ese jefe que la miraba como si no llevase ropa debajo de la bata. Eran felices, más por lo que soñaban que por lo que tenían. Todavía no habían asistido a la frustración de sus sueños, no habían llegado al punto en que no hay vuelta atrás, el momento en el que no es tan fácil imaginar una vida mejor porque la realidad ya ha mostrado sus promesas de crueldad eterna.

Se casaron. Él abandonó su trabajo fijo de cartero para aceptar un puesto de vendedor en un concesionario de automóviles. Allí le daban comisión. Cuanto más trabajase, más ganaría.

La venta de coches era un negocio floreciente. Cada vez más familias poseían uno, incluso se preveía que en un futuro tuvieran varios dentro de una misma casa. La venta de vehículos crecía como la espuma. ¿Por qué no arriesgar el trabajo de repartidor de cartas del que ya se sentía hastiado? Al principio le resultaba divertido imaginar a través de las cartas la vida de la gente a la que iban dirigidas. Pero ya llevaba un tiempo en que todos los buzones le parecían el mismo, incluso eran frecuentes las veces en que se confundía y entregaba envíos cambiados. Algo que en otro tiempo habría sido impensable. Si seguía allí, se veía con claridad convertido en un hombre aburrido de muerte. ¿Qué le importaba a él que pusiera en un sobre Maruja Pérez . C/ San Valentín o Rodrigo Salinas. C/ Los desesperados? Sin embargo, vender coches era tratar directamente con la gente, ver sus caras, convencerles, ser testigo de un importante momento de ilusión. Empezaría de comercial y, poco a poco, trabajando bien y ahorrando, conseguirían abrir su propio concesionario. Ninguno de los dos había contado con la mala suerte, la desgracia de que su jefe se convirtiera en un enfermo de los juegos de azar y tuviese que deshacerse del floreciente negocio recién abierto.



Su nuevo trabajo duró aproximadamente lo mismo que su felicidad conyugal. Primero se alegraron de que ella no hubiera cometido la imprudencia de dejar su empleo. Más tarde dejaron de ver en esto ningún consuelo, porque las cosas también se complicaron allí.

El marido desde que se quedó en el paro no salía de casa. Sólo bajaba a la hora en que sabía que llegaba el repartidor de cartas para reprocharle alguna cosa. De lo único que hablaba en las comidas o las cenas era de lo buen cartero que fue, de lo divertido que resultaba asistir a la entrega de cartas del novio a una dulce e inquieta jovencita, de la felicidad que le entraba cuando sabía que alguien en condiciones de pobreza recibía el aviso de una indemnización, etc, etc. Después, pasaba de inmediato a reprocharle que había dejado aquel trabajo, su verdadera vocación, por ella, por su maldito empeño de formar una familia y vivir en un buen sitio. Cada día eran los reproches más duros y frecuentes. Sobre todo desde que empezó a beber.

El trabajo pasó a ser para Anastasia un refugio, el único lugar donde no sentía que el mundo se desmoronaba a cada minuto. Las miradas de deseo de su jefe pasaron a ser las únicas miradas que le hacían sentir una mujer hermosa. Se portaba muy bien con ella y, con el tiempo, empezó a parecerle menos mayor que antes, incluso atractivo. Cayó en su juego de seducción. Un día de verano decidió no ponerse nada debajo de la bata. Se decía a sí misma que era sólo para sentirse atractiva, pero en el fondo sabía que aquel día le había declarado abiertamente su deseo de ser amada, de ser consolada, de hacer el amor. Desde ese día se metían en la pequeña oficina de la ferretería al echar el cierre y mantenían relaciones sexuales en el pequeño sofá verde; un verde musgo que en otro tiempo lucía un color homogéneo, pero había pasado a tener tantas zonas negras que sólo el recuerdo de la tonalidad que tuvo hacía que se refiriesen a él como el sofacito verde.

Pasados unos meses se quedó embarazada. El marido sabía que el hijo no era suyo. Cuando se emborrachaba le llamaba puta y ella le decía que por qué no se iba de casa, que prefería vivir sola a mal acompañada. Pero él no tenía dónde ir y seguía allí con la única ocupación de insultarla.

El jefe estaba casado y tenía hijos, por lo que su relación debía ser secreta. Ella lamentaba no haberle conocido cuando era un hombre libre y se imaginaba siendo la dueña de la ferretería. Aunque también era consciente de que en otras circunstancias nunca se habría relacionado con aquel hombre, porque sabía lo suficiente como para comprender que la vida nunca viene en línea recta, sino que siempre avanza en zigzag, espirales, incluso tormentosos laberintos.

Nació el niño y, durante un tiempo, mientras era bebé, ella volvió a ser feliz. El amor por su hijo hacía que le importasen menos las palabras hirientes del marido y en el trabajo, a pesar de acabar muy cansada, estaba contenta. Pero la felicidad no parecía ser un traje cosido para ella, y la enfermedad del niño dio las primeras señales. Le diagnosticaron una deficiencia psíquica que avanzaba como un fuego en un campo de trigo seco. Al llegar a la edad adulta ya se había quedado totalmente pos-

trado en una cama y había perdido por completo la capacidad de hablar, sólo emitía unos sonidos guturales espantosos. El marido no podía soportarlo y, cuando pudo disponer de la vivienda que había heredado al morir su padre, se marchó de casa. Ella nunca había vuelto a saber de él. Curiosamente, cuando su marido se fue, ella había empezado a beber de vez en cuando. Siempre se llenaba el vaso de vino con un gesto de incredulidad. Había detestado el vicio de su marido y, sin embargo, notaba que el alcohol era para ella una necesidad cada vez más frecuente.

Su hijo empeoró. Las asistentas que contrataba para que cuidasen de él mientras trabajaba duraban muy poco, y tuvo que dejar el trabajo. Consiguió que el jefe le proporcionara una jubilación anticipada. En su lugar entró a trabajar otra mujer a quien le quedaba perfecta la bata. No fue necesario comprar otra.

La foto de la mesilla era la foto de bodas. ¿Por qué la habría conservado a la vista? La foto del momento en que todo comenzó a torcerse, la foto en la que aparecía junto a un hombre que le había hecho desgraciada. En ella se veía a una mujer hermosa, de pequeña cintura y sensuales caderas; el pelo recogido, dejando ver al completo un rostro sonriente con ojos grandes y claros. Una mujer que en algún momento de su vida había sido ella. Tal vez ella quería conservar la imagen de aquella promesa de felicidad, la imagen de su juventud. También la imagen de un hombre a quien amó, un joven de risueña mueca y ojos bondadosos. Un hombre que tampoco era el mismo que después había vivido con ella, porque las circunstancias sacan de nosotros seres humanos diferentes.

En fin, lo que más me gustaba de las novelas policíacas era cómo había que seguir las pistas para resolver el caso. Pero, en la vida real, la mayoría de los crímenes aparecen resueltos y la única curiosidad que queda es tratar de reconstruir las vidas de los implicados.

Me contó su vida entera en el baño, seguramente tal y como se la había contado a ella misma en su mente muchas veces. Había tenido bastante tiempo de repasarla en todos estos años que llevaba encerrada en casa a solas con un hijo con quien no podía hablar. Sólo hubo un momento de silencio, en su hablar sin interrupciones, tras el cual dijo en un grito:

— ¡Un trago!, ¡necesito un trago! Beber es a lo único que quiero dedicarme hasta que muera. Beber no es un cuchillo. Un cuchillo sería más rápido y preciso. Pero es beber la única arma que soy capaz de utilizar para acabar con mi vida. ¿A quién le podría interesar una vida como la mía?

Bueno, no fueron esas sus palabras textuales. Más bien dijo algo así:

— ¡Un trago, por Dios! ¿No es más rápido abrir la botella de vino que hacer una manzanilla? ¿Es que la policía ya no tiene prisa?